

ANTE UN SONETO DE QUEVEDO

EL conocido y bellissimo Soneto XXIII de Garcilaso, el que comienza "En tanto que de rosa y azucena", trata con expresión contenida el tema clásico del "carpe diem", y como señaló Rafael Lapesa "la alegría vital del Renacimiento se manifiesta ennoblecida en él, y por una vez los versos del poeta carecen de melancolía".

Las traducciones de Horacio, sobre todo las de la Oda XI del L. I, unidas a las versiones del famoso "collige, virgo, rosas" de Ausonio, crean toda una tradición que hará que los poetas españoles —ya desde la Edad Media— se ocupen abundantemente del tema de la brevedad de la vida; las conclusiones a que llegan en su reflexión son tan variadas como sus propias convicciones. El mayor poeta del Renacimiento español vuelve, pues, a tocar un tema clásico, inagotable, y su genio le permite tratarlo con expresión única. El resultado no puede ser más brillante: Garcilaso realiza un soneto perfecto en que se armonizan totalmente sentimiento y expresión.

La poesía de Garcilaso fue punto de partida inevitable para todos los grandes poetas barrocos, y las creaciones de éstos presuponen siempre las del "Príncipe de los poetas castellanos". En este sentido, la brillante producción del siglo XVII es "garcilasista", aunque no siempre sus cultivadores sigan muy de cerca a Garcilaso.

Bastantes decenios después de que se compusiera el citado Soneto XXIII, otro poeta único, Quevedo, escribe un nuevo soneto en el que utiliza materiales directamente tomados del de Garcilaso, pero, a su vez, constituye una



réplica al sentido que aquél tenía. Se trata del titulado "Las gracias de la que adora son ocasión de que viva y muera al mismo tiempo":

*"Esa color de rosa y de azucena
y ese mirar sabroso, dulce, honesto,
y ese hermoso cuello, blanco, enhiesto,
y boca de rubíes y perlas llena;*

*la mano alabastrina que encadena
al que más contra Amor está dispuesto,
y el más libre y tirano presupuesto
destierra de las almas y enajena.*

*Esa rica y hermosa primavera,
cuyas flores de gracia y hermosura
ofendellas no puede el tiempo airado;*

*son ocasión que viva yo y que muera,
y son de mi descanso y mi ventura
principio y fin, y alivio del cuidado."*

Quevedo no sólo ha utilizado algunas de las imágenes de Garcilaso, sino que las ha expresado con los mismos términos: la color "de rosa y azucena", "el hermoso cuello, blanco, enhiesto", "el tiempo airado". Ha modificado otras; "ese mirar sabroso, dulce, honesto" en vez de "vuestro mirar ardiente, honesto"; "esa rica y hermosa primavera" en vez de "vuestra alegre primavera"; "el dulce fruto" garcilasiano se ha convertido en las "flores de gracia y hermosura". Por último, ha añadido algunas que, por otra parte, están muy de acuerdo con el gusto barroco: la "boca de rubíes y perlas llena", "la mano alabastrina...". En realidad, el segundo cuarteto y el último terceto son aportación total de Quevedo al conjunto del poema.

Si analizamos el sentido de ambos sonetos notamos la enorme distancia que hay entre ellos:

A) Garcilaso invita a la rubia y candorosa dama a que goce ahora de su juventud, ya que el tiempo pasará de modo inflexible y no se podrá sustraer a sus leyes. Por otra parte, la belleza de la juventud garcilasiana se centra en su cabeza y cuello; nada sabemos del resto de su figura. Es una serie de oposiciones ("rosa-ardiente-enciende" / "azucena-honesto-refrena", "oro" / "blanco", "cabello enmovimiento" / "cuello enhiesto") lo que Garcilaso utiliza



para describirnos la serena juventud de la dama, y ocupa los ocho primeros versos, cuya concreción temporal está limitada por el comienzo de cada uno de los cuartetos: "En tanto", "Y en tanto". De acuerdo con la distribución clásica, en los seis últimos versos está contenida la conclusión: en el primer terceto le recomienda que aproveche su juventud, y en el segundo reflexiona sobre el carácter destructor del paso del tiempo.

B) El sentido del soneto de Quevedo es muy diferente. Los rasgos que embellecen a su dama (el color de la tez, la mirada, el cuello garcilasiano, la boca, la mano) no son exactamente los mismos que destacaba Garcilaso: el poeta barroco ha suprimido el cabello y en cambio ha añadido la boca y la mano; ésta última tiene gran importancia significativa ("que encadena...") y ocupa todo el segundo cuarteto. El primer terceto está dedicado a glosar la juventud de la dama ("primavera"), pero —frente a Garcilaso y a toda la tradición— Quevedo destaca que el "tiempo airado" no podrá arrebatarse sus "flores de gracia y hermosura", con lo cual le niega su poder destructor. En el último terceto, el poeta se ocupa de sí mismo; estos tres versos finales son los que contienen la conclusión: la belleza de la dama, su poder ilimitado para enamorarla, su juventud, son las causas de la enorme contradicción en que se encuentra Quevedo, de que sea feliz ("viva yo-principio de mi descanso-alivio") y sumamente desgraciado ("que muera-fin de mi ventura-cuidado"). El juego de oposiciones y contrastes, tan propio del Barroco y tan del gusto de Quevedo, llega aquí a su punto culminante y va bastante más lejos que aquél otro de Garcilaso.

Es éste, pues, un soneto en el que una serie de materiales renacentistas, perfectamente registrados y codificados, han sido elaborados según la estética barroca y sus necesidades expresivas. Este nuevo tratamiento, en manos de Quevedo, llega a ser algo así como la contestación a una tradición largamente mantenida, y es ahí donde creemos que reside su interés.

